

un manzanillo del saber. Mataba todo lo que cubría con su sombra. Le dieron libertad para que escribiera á su capricho, y publicó tres artículos sobre Ruskin y la belleza artística; sobre Nietzsche y el imperialismo, y acerca de las armonías y desarmonías entre el socialismo y las doctrinas de Darwin y Haeckel. Meses después, aún reían en la redacción de aquellas columnas de prosa espesa y mate que nadie había leído hasta el fin. Don Cristóbal afirmaba con grave sorna, que el diario había estado próximo á perecer, y que los lectores amenazaban con una huelga si se publicaba otro artículo de *Homero*. ¡Ir con tales galimatías al respetable público, que lo que desea es que llamen morral al presidente del Consejo de Ministros ó que los diputados les mienten la madre á los señores del banco azul!...

Maltrana, declarado inservible, sin esperanzas ya de conquistar los quince duros mensuales que le habían hecho entrever antes de su fracaso, seguía asistiendo puntualmente á la redacción. ¿Adónde ir?... Allí encontraba quien le escuchase, aunque con gestos irónicos: algunas veces hasta alababan su cultura, llegando á confesar que tenía cierto talento, pero que estaba chiflado. Además, él reconocía su gran defecto; el mal de su generación, en la que un estudio desordenado y un exceso de razonamiento, había roto el principal resorte de la vida: la falta de voluntad. Era impotente para la acción. Estudiaba ávidamente y no sabía sacar consecuencia alguna de sus estudios. Pasaba las noches hablando; las paradojas surcaban su charla como cohetes de brillantes colores, pero sentíase incapaz de fijar con la pluma ni una pequeña parte de las ideas que se le escapaban en el chorro de la conversación.

Y permanecía inmóvil, atascado en su camino, sabiendo que perdía el tiempo, que equivocaba el curso de su vida, sin ánimo para intentar un esfuerzo, confiando en un extraño fatalismo que había de sacarle del mal paso, seguro de la llegada de un acontecimiento extraordinario que le arrancaría de los relejes en que estaba hundido, sin que tuviera que poner nada de su parte.

Aquella mañana era de las más alegres para el joven. Tenía dinero: la noche anterior había cobrado trece duros de una traducción, sintiendo con cierto deleite el peso del puñado de plata junto á su estómago, que aún conservaba el calor y el bienestar del buen trato reciente. Había cenado en la taberna, asilo de los días felices, los platos más suculentos, dándose, además, el gusto de pagar el matinal chocolate á los compañeros de redacción, asombrados de tanta riqueza.

El buen amigo del fielato, que todas las madrugadas le ofrecía un cigarro y una parte de su café, atrajo igualmente su generosidad. Quería obsequiarle, hacerle participe de su opulencia, y casi á la fuerza le llevó al ventorrillo, detrás del fielato. Tomaría una taza de té, una copa, lo que fuese de su gusto: hora era que admitiese algo de él.

Los dos quedaron junto á la puerta de la tabernilla, esperando que les sirviesen, sin querer penetrar en su ambiente pesado y nauseabundo.

A espaldas del fielato, en el abrevadero, una banda de palomas picoteaba la tierra. Eran de la inmediata calle de los Artistas; volaban hasta allí para buscar en el suelo los residuos del pasto de los bueyes. Junto al ventorro, alzábanse las

tapias blancas del *Sanatorio de Perros*, el asilo de los canes de los ricos, cuidados en sus enfermedades por un veterinario.

Maltrana vió á un hombre salir de la carretera con dirección al ventorro.

—Es *Coleta*—dijo el jefe del fielato.—Domingo, el famoso trapero de las Carolinas.

Llevaba á la espalda un saco vacío, pero él caminaba encorvado ya, como si presintiese su peso. Los zapatos, más largos que los pies, doblaban sus puntas hacia arriba; el pantalón, de pana, ceñíalo á la cintura con una cuerda de esparto; la camisa, abierta, dejaba al aire una maraña de pelos blancos y la piel apergaminada del cuello con sus tirantes ligamentos. Esta vestimenta sucia y misera, completábala con un chaqué de largos faldones y un sombrero abollado, deforme, rematado en punta, como guerrero casco.

Era viejo, con cierta malicia sacerdotal en el rostro afeitado y los ojillos verdosos, cobijados bajo unas cejas grises y abultadas. La parte de sus mejillas, acariciada por la rasura, era lo único limpio de la cara. El resto estaba ennegrecido por la suciedad. Cada arruga era un surco fangoso; el cuero cabelludo mostraba las púas blancas del rapado por entre las escamas de la caspa endurecida.

Coleta saludó al del fielato y fijó después sus ojos en Maltrana.

—¿No eres tú, Isidro, el nieto de la *Mariposa*... uno que es señor en Madriz, y escribe en los papeles?...

Sí; él era, y se alegraba de que *Coleta* le reconociese. ¿Qué deseaba tomar?

Pero antes de que el trapero contestase, Maltrana y su amigo se fijaron en una gran escoria-

ción que enrojecía todo un lado de su cara. La sangre seca manchaba los bordes del desgarrón.

Coleta levantó los hombros con indiferencia. Aquello no era nada: un tropiezo al salir de la taberna del *Cubanito* la noche anterior.

—Hemos estao de groma hasta la una de la mañana yo y los muchachos del barrio. La gran tajá.

Antes de pedir algo á la tabernera, que reía sólo con verle, quiso conocer lo que Maltrana había bebido, é hizo un gesto de repugnancia al oír que era una copa de aguardiente de limón.

—¡Aguardiente!... Eso pa los borrachos. Vino: morapio del puro, que alarga la vida; y cuanti más, mejor.

Había que ver el gesto indignado con que hablaba de los borrachos de alcohol, alabando de paso las virtudes del líquido rojo. Allí le tenían á él con sus sesenta y ocho bien cumplidos. Todas las mañanas iba á Madrid á la busca; al volver á su chamizo de las Carolinas se pasaba las horas escogiendo su carga y la de la vecina, y después armaba fiesta en la taberna hasta la madrugada, y cuando estaba en su punto se ponía en cueros, sin miedo al frío, para que chillasen escandalizadas las mozas del barrio y rieran los camaradas. Nunca había estado enfermo.

—Yo, no duermo. ¡Comer!... menos que un pájaro. Me mantengo con un cacho de pan así, y ustedes perdonen el modo de señalar. Es malo comer; el pan quita sitio á la bebida. Además, da mareos y hace que á uno se le revuelvan las tripas, y arroje y repuzne á los demás por su cogerza indecente... A mí me mantiene el vino... ¡Viva el negro!... ¡y el blanco también! Ésta es la mejor de las boticas.

Y se bebió de un golpe la copa que le ofrecía la tabernera. Desde el camino, un grupo de chielos que venía siguiéndole, mirábalo á distancia, lanzándole insultos.

—¡*Coleta!*... ¡Tío del gabán! ¡Borracho!

El traperero acogía estos gritos tranquilamente, como un héroe satisfecho de su éxito popular. ¡Mientras gritasen!... Algo peor ocurría, cuando los gritos eran acompañados de pedradas y había él de abandonar su saco para perseguir á los agresores.

—Id á tocarle el moño á vuestras madres.

Y, tras este prudente consejo, que hizo arriesgar á la golfería en sus denuestos, *Coleta* saboreó otra copa, alabando la buena suerte que le hacía tropezar tan de mañana con amigos rumbosos.

El era el más pobre de todos los traperos: ni carro, ni burro, ni casa. Se lo había bebido todo. Su mujer estaba en el cementerio: y al hablar de ella humedecíanse sus ojos, por el recuerdo, sin duda, de las palizas que la había dado. Ahora tenía con él á la *Borracha*, la traperera más sucia y mal trabajadora que existía desde Bellasvistas á Fuencarral. Un dragón con faldas, señores; él no se avergonzaba de confesar su cobardía. Si la daba una torta, ella le devolvía tres; y era inútil que al regresar de la busca se comprase en las tiendas del Estrecho una buena vara de fresno ó cortase un palo espinoso en cualquier vallado; equivalía á proporcionar armas al enemigo, pues la *Borracha* acababa por cogérselo, arreándole con él para que saliese de la taberna.

Todo envidia, pura rabia, porque él encontraba amigos que le convidasen, y ella, gustándole mucho el vino, tenía que contentarse, cuando más,

con las *cortinas*, ó sea con lo que queda en el fondo de las copas.

Vivían en una especie de gallinero al extremo de un corral ocupado por montones de basura. Ayudaban á la dueña de la casa en la rebusca del género y además el carro de ésta le traía el saco al regresar de Madrid. El tenía buenos parroquianos. Desde su juventud explotaba una de las mejores calles; toda ella de señorío que comía bien. Con las sobras podía engordar como un fraile, si le gustase comer. Los hijos de su primer matrimonio vivían en Madrid, trabajando unas veces en el adoquinado y rabiando otras de hambre. Apenas si los veía.

—La familia... con tomate, señores míos. Tanto tienes, tanto vales; cada uno á lo suyo. Los chicos, cuando me ven, me hablan de que les traspase la parroquia. El ama de mi casa también quiere lo mismo... ¡Magras! El negocio siempre á mi nombre. Soy un vivo y he visto mucho. El negocio mío mientras viva yo: Domingo Rivero, alias *Coleta*, para servir á ustedes.

Y, al hablar así, miraba con orgullo el saco que llevaba al hombro, el negocio envidiado que pensaba defender hasta su muerte, como si este trozo de arpillera hubiera de servirle de mortaja.

Después rompió en elogios de la tabernera y su vino. ¡Olé, las señoras de mérito! La copa era allí menos barata que en el barrio de los traperos, pero mucho mejor. Al ir á Madrid y al volver no podía sustraerse á la tentación de abandonar el camino, para contemplar los ojos de la dueña, su aire de señorío y los parroquianos de la casa, todos unos caballeros... Y, con estas alabanzas, aún conquistó una tercera copa.

Maltrana y su amigo, temiendo que el traperero

renunciase á la ida á Madrid, si le convidaban otra vez, volvieron al fielato. *Coleta* les siguió, afirmando que no tenía prisa. Sus parroquianos se levantaban tarde.

En las aceras de Punta Brava, se habían establecido ya los puestos del mercadillo de los Cuatro Caminos. Los cortantes colgaban de unas vigas negras los cuartos de res desollada. Un perfume agrio de escabeche y verduras mustias impregnaba el ambiente.

El grupo de chiquillos que acosaba al trapero, se dispersó al verle bien acompañado, ocultándose tras los primeros tranvías.

De pronto, la mañana gris se iluminó con resplandores de oro. Rasgáronse los vapores blancuecinos; se abrió en el celaje un agujero de profundo azul por el que pasó sus rayos el sol oculto. La tierra pareció sonreír bajo su húmeda máscara. Los charcos de lluvia brillaron con temblones reflejos como si se poblasen de peces de fuego; los caseríos rojos y blancos surgieron como vigorosas pinceladas en los cerros de verde obscuro que limitaban el horizonte. La torre de Santa Cruz parecía una llama recta sobre los tejados de Madrid. La banda de palomas levantó el vuelo en espiral, con alegre rumor de plumas y arrullos.

Dos jóvenes pasaron junto al fielato, cogidas del brazo, con el embozo del mantón ante la boca. Tenían la belleza de la obrera: la frescura de esa breve juventud de las hembras de trabajo que triunfa, sólo momentáneamente, de la anemia hereditaria, de las privaciones que dificultan el desarrollo.

Maltrana fijó sus ojos en la más pequeña, una morena, de rostro pálido y grandes ojos de un

negro intenso, casi azulado, igual al de sus cabellos. El busto endeble erguíase con una arrogancia natural dentro del mantón; sus pobres faldas de verano se movían con cierto ritmo majestuoso, sin tocar el barro, en torno de los pies pequeños, cuidadosamente calzados, que revelaban ser la parte más atendida de su persona.

—¡Viva lo bueno!—gritó el borracho poniéndose en jarras.—¡Ahí va la gloria del barrio!...

Y para expresar su entusiasmo con más viveza, arrojó el grotesco sombrero en un charco, salpicando á todos de barro.

El del fielato saludó á las jóvenes con un tono de zumba paternal.

—Que seais buenas... Cuidadito con perderse...

Las dos pasaron adelante sonriendo, sin contestar á los saludos más que con movimientos de cabeza. La pequeña habló al alejarse.

—Adiós, Isidro—dijo con voz grave, al mismo tiempo que se enrojecían sus mejillas.

—Adiós, Feliciana—contestó el joven.

Y la siguió con los ojos, admirando su marcha rítmica y graciosa sobre el barro, su cuerpo gentil y esbelto que iba empequeñeciéndose con la distancia.

El sol se ocultó de pronto; volvieron á cerrarse las nubes; ya no brillaron los charcos. Se extendió de nuevo sobre la tierra un velo gris y la espiral de palomas cesó de aletear desplomándose de golpe en el fango.

El jefe del fielato, habló de las dos muchachas. Las veía pasar todas las mañanas á la misma hora: trabajaban en una fábrica de gorras de la calle de Brabo Murillo. Feliciana era la hija única del *Mosco*, el famoso cazador de Tetuán, y su compañera una muchacha de Bellasvistas á la que

aquella recogía todas las mañanas para ir juntas al trabajo.

El nombre del *Mosco* hizo prorrumpir al trapero en exclamaciones de admiración. Aquel era un hombre. Quitaba el sueño á toda la gente del Real Patrimonio. *Coleta* lo sabía de buena tinta: el administrador de El Pardo se desesperaba por no haber podido atrapar al *Mosco*, y los guardas, apenas cerraba la noche, preguntábanse por qué lado del inmenso bosque trabajaría aquel bandido.

Los gazapos reales dormíanse en sus madrigueras, resignados de antemano á que les despertase la sangrienta dentellada del hurón: los corzos, al beber en los arroyos, á la luz de las estrellas, se mugían á la oreja: «Mucho ojo, hermanos: el *Mosco* debe de andar cerca...» Un perro suyo, apodado *Puesto en ama*, había sido tan famoso por lo temible, que al matarlo los guardas en un encuentro, lo llevaron en triunfo á la administración de El Pardo, y allí le guardaban empajado, y con ojos de vidrio, como una curiosidad del real sitio.

Coleta había conocido á este animal. Cazaba los gamos á la carrera en medio de la noche: no había venado que le resistiese. Una vez hizo ganar á su amo cerca de tres mil reales. Ahora, el *Mosco* tenía otro perro, el segundo *Puesto en ama*, una verdadera alhaja, pero de menos mérito que el otro, y con él continuaba sus expediciones de *dañador*, sus audacias de furtivo, saliendo de ellas en algunas ocasiones chorreando sangre, pero abriéndose paso siempre por entre los disparos de los guardas y los galopes de los vigilantes montados. ¡El plomo que aquel hombre llevaba en el cuerpo!...

Coleta, agotados los elogios al intrépido cazador, cuyas hazañas conocían mejor que él los que le escuchaban, iba ya á emprender el camino hacia Madrid, cuando su instinto de parásito le hizo fijarse en un carro descubierto que avanzaba con lento balanceo sobre los relejes de la carretera. La mula, alta y forzada, con grandes desolladuras por la falta de limpieza, llevaba el cabezón adornado con cintajos multicolores, encontrados en la basura. Parecía una bestia de tribu marchando adornada á una fiesta salvaje.

—Esa me llevará—dijo *Coleta*.—¡Eh, tío Polo... señor Poto, pare usted! Aquí hay amigos.

De la parte trasera del carro surgió, como un monigote del fondo de una caja, una cabeza de viejo, con el cuello del chaquetón rozando las orejas y un gorro de pelo encasquetado hasta los hombros. Era una cara mofletuda y roja, con una vaguedad en los ojos rayana en la estupidez. Se detuvo el carro, y, poco á poco, fué saliendo de la parte delantera otro viejo, incorporándose trabajosamente con las riendas en la mano. Parecía el Padre Eterno. Sus barbas amplias de plata, se extendían sobre el pecho y formaban una aureola de blancos vellones en torno de sus mejillas sonrosadas. El labio superior, cuidadosamente afeitado, era lo más limpio de su rostro. Los ojillos, verdosos y profundos, estaban rodeados de arrugas que parecían rayas de carbón por la suciedad de sus surcos. El traje era tan bizarro como su ancianidad. Cubriase con una especie de casulla de pieles de conejo, sujeta á la cintura por una cuerda. Su pantalón estaba resguardado en los muslos por zajones cortados de una alfombra vieja y adornados con cintajos iguales á los de la mula. Una boina verdosa, con rastros de telara-

ñas, cubría su cabeza sonrosada y blanca. El adorno de su persona revelaba suciedad salvaje y simpleza infantil. Las manos eran negras, con escamas en el dorso; las mejillas y los labios, acariciados por la navaja, mostraban una frescura de niño.

—¿Qué se les ofrece á ustedes?—dijo con atiplada vocecilla y entonación cortés.—¿En qué puedo servirles, señores?...

Sus ojos se fijaron en *Coleta* é hizo un mohín de desprecio.

—¡Ah! ¿Eres tú, borrachín?...

Después saludó con la cabeza al jefe del fielato, pues era respetuoso con toda autoridad que pudiera molestarle, y al fijar sus ojos en Maltrana, lanzó una exclamación de alegría.

—¿Pero eres tú, Isidro?—preguntó con su voz infantil.—Pues pocas ganas que tenía de verte. La abuela no piensa en otra cosa: siempre me hace el mismo encargo. «Si ves al chico, dile que venga. Casi no le he visto desde que nos casamos.»

—Sí, yo soy, amigo *Zaratustra*. ¿Cómo le va á la abuela contigo? ¿Aún estáis en la luna de miel?

El viejo hizo un gesto de protesta, sin dejar de sonreír.

—De una vez, para siempre, dame un nombre y no me lo cambies á tu capricho. Unas veces me llamas Kruger; y no me ofende que me compares con ese buen señor, que se peleó con los ingleses... ¡Mala gente! El otro día encontré en la basura una caja de cerillas con su retrato, y, efectivamente, algo nos parecemos... Otras veces, soy *Trapatustra*... ó *Zorra no se qué*; otro personaje al que también me parezco, según tú dices... Sí: ya sé quién era: me contaste un día su historia. Un sabio, que no tenía un perro chico, como yo; que

estaba en el secreto de todo y se reía de todo... lo mismo que yo; que vivía en alto como yo vivo, viendo á mis pies todo Madrid. El tenía al lado un aguilucho al decir sus cosas, y yo, á falta del pajaraco, tengo cinco perros que entienden más que muchas personas, y me rodean y me escuchan cuando digo las mías... Porque tú, Isidrillo, aunque parezca que te pitorreas de mi persona, bien reconoces que tengo algo de sabio.

—¿Quién puede dudarlo?—exclamó Maltrana con tono zumbón.—Por algo te llamo *Zaratustra*. Tú eres el solitario de Bellasvistas, el gran filósofo de los Cuatro Caminos, el sabio de la busca, el más profundo de los traperos que entran en Madrid.

—Noventa y cuatro años, señor—continuó *Zaratustra*, dirigiéndose al jefe del fielato.—El cuerpo sano, el estómago de buitre: sólo tengo flojas las piernas, que me obligan á permanecer quieto en el carro, mientras éste, que es mi ayudante (y señalaba al bobo de la gorra de pelo), entra en las casas. Soy el más antiguo del gremio. Sólo quedan algunos de mi época allá en el Rastro, que se han establecido, han hecho fortuna y tienen casa abierta en las *Américas*. Más de cincuenta años de servicios: y en todo este tiempo, ni un día he dejado de bajar á Madrid... Yo he visto mucho: he visto al señor de Brabo Murillo traer las aguas á Madrid y saltar el Lozoya por primera vez, en la antigua taza de la Puerta del Sol; he visto cómo la villa ha ido poco á poco ensanchándose y dándonos con el pie á los pobres para que nos fuéramos más lejos. Ese fielato lo he visto en lo que es hoy gloria de Bilbao. Donde yo tuve mi primera barraca, hay ahora un gran café. Todo eran desmontes, cuevas para gente mala; á Dios le quitaban la capa así que cerraba la noche, y ahora anda uno por

allí y todo son calles y más calles, y luz eléctrica, y adoquines y asfaltos, donde estos ojos pecadores vieron correr conejos... Los antiguos cementerios han quedado dentro: los pobres que vivíamos cerca de ellos vamos en retirada, y acabaremos por acampar más allá de Fuencarral. Dicen que esto es el Progreso y yo respeto mucho al tal señor. Muy bien, por el Progreso... pero que sea igual para todos. Porque yo, señor mío, veo que de los pobres sólo se acuerda para echarnos lejos como si apestásemos. El hambre y la miseria no progresan ni se cambian por algo mejor. La ciudad es otra, los de arriba gastan más magencia, pero los medianos y los de abajo están lo mismo. Igual hambre hay ahora que en mis buenos tiempos.

—Bien, *Zaratustra*, muy bien—dijo Maltrana, aprovechando una pausa del viejo.

—Yo, señor—continuó el viejo dirigiéndose al del fielato,—lo que más siento es que no veré en qué acaba todo esto. Lo del Progreso ha nacido en mis tiempos. Cuando yo era muchacho, las aguas iban por otro lado. Yo, de mozo, fui carlista; soy manchego y anduve con *Palillos*: pura ignorancia. Pero, repito, que vi nacer la criatura, y tendría gusto en enterarme por mis ojos de hasta dónde alcanza, pues por ahora no es gran cosa lo que lleva hecho en favor del mediano... ¡Pero, soy tan viejito!... ¿Ve usted á *Coleta*, ese borrachín que nos oye? Parece de más años que yo, y le he visto nacer... Noventa y cuatro años, señor, y tengo cuerda para ciento y pico. Lo sé muy cierto: yo entiendo de estas cosas.

Maltrana y su amigo acogían con movimientos afirmativos las palabras del anciano. Su verbosidad, una vez suelta, no podía detenerse: hablaba con incoherencia infantil.

—Hoy voy tarde á la busca, pero no importa. Mi parroquia es segura y buena: cafés de la Puerta del Sol, comercios antiguos de la calle del Carmen. Hay casa que la tengo cuarenta años: á los dueños de ahora los he conocido niños, y cuando lloraban les hacían miedo amenazándoles con el tío Polo, que se los llevaría en el carro. Entonces tenía más humor y mejores trajes. A mí siempre me ha gustado vestir bien. ¿Ven ustedes esta prenda de pieles, que ni el rey la lleva? Pues la he hecho yo; y yo también otra, que guardo en casa para los días de fiesta, con cintajos de colores y espejuelos que quitan la vista: un uniforme de magnate de las grandes Indias, según dice Isidri- llo. En otros tiempos solía vestirme de peregrino para ir á la busca, pero los chicos me seguían como unos bobos y los guindillas me amenazaban con llevarme á la prevención. ¿Por qué, señores míos?... Lo que yo les decía: ¿Qué somos todos en este mundo, más que peregrinos que vamos pidiendo á los demás y caminando hasta llegar al final de nuestra vida? Peregrino es el rey, que pide á los de abajo los millones que necesita para vivir en grande; peregrinos los ricos, que viven de lo que les sacan á los pobres; peregrinos nosotros, los medianos... y no digo los de abajo, porque es feo. No hay criatura de Dios que esté abajo. De abajo sólo son los animales. Nosotros somos los medianos.

Y hablaba mirando á lo lejos, con cierta vaguedad, conocida de Maltrana como precursora de un chaparrón de divagaciones.

—¡*Zaratustra*, que te remontas!—exclamó el joven.—No nos aplastes con tus incoherencias filosóficas.

—Bueno estoy para remontarme. No he podido

dormir en toda la noche... estas malditas piernas: el reuma, que se me agarra á ellas como un perro rabioso. ¡Qué tiempo! Y lo peor es que durará toda esta luna. Ya sabes, Isidrillo, que yo entiendo de tales cosas. Nada de librotos, ni compases, ni mapas, como los sabios. He pasado mi vida en el campo viendo el cielo de noche y de día. Para mí no tiene secretos. Créame usted, señor—añadió dirigiéndose al del fielato,—el sol es el cuerpo noble y de él viene todo lo bueno. Pero antes de que llegue hasta nosotros pasa por cuatro cuerpos, el azul, el rojo, el amarillo y el verde. Por eso vemos el arco iris. Según el color que predomina, así es el tiempo. Además, están los ocho vientos; pero éstos sólo los entiende el que los maneja, que es Dios. ¿No es esto cierto y clarísimo? Pues los señores sabios no quieren oírme. He ido muchas veces al Observatorio á dar buenos consejos, y no me dejan pasar de la puerta, diciendo que ya tienen quien recoja la basura. Así anda todo en este país. No se ocupa nadie de las cosas del cielo, y en el cielo está el pan. Sin lluvia no hay agricultura, y la agricultura es la más noble profesión del país. Hay que protegerla; hay que ayudar al mediano; que gaste el de arriba, ya que tiene; pero que no sea todo para él...

Maltrana interrumpió al viejo. Era capaz de permanecer allí toda la mañana si seguían escuchándolo. Le esperarían sus parroquianos; su ayudante, el *Bobo*, lanzábale miradas de impaciencia; el pobre *Coleta* aguardaba á que le dejase subir en el carro para ir á Madrid.

—Sube, vida perdurable—dijo Polo con vocecilla misericordiosa.

El borracho se encaramó en el vehículo, arrastrando su saco vacío, y *Zaratustra* tiró de las riendas,

haciendo salir á la mula oblicuamente, para ganar el centro del camino.

—Adiós—dijo el traperero.—No olvides, Isidrillo, que la abuela te espera. Vé por allá; la darás una alegría á la pobre... Y usted, señor, acuérdesese de lo que dice un viejo que sabe algo. Hay que ayudar al mediano. El mediano es el que da el pan.

Hablaba con la cabeza vuelta hacia el fielato, tirando de las riendas á la mula, sin ver adonde marchaba ésta. El carro chocó con un tranvía que acababa de detenerse en la glorieta de los Cuatro Caminos. La punta de una de sus barras hizo saltar del vagón varias costras de barniz y una ligera astilla.

Los empleados prorrumpieron en imprecaciones y echaron pie á tierra insultando á *Zaratustra*.

Corrió la gente, aproximáronse los del fielato, y se formó un gran círculo de curiosos en torno del carro y de los que agitaban sus brazos increpando al traperero.

—No hay que enfadarse, caballeros—dijo el viejo con vocecilla triste.—Ya sé lo que es esto: tómenneme ustedes el nombre.

Uno de ellos escribió las señas del tío Polo sin dejar de amenazarle por su torpeza, augurando que iba á costarle cara la fiesta. Rara era la semana que no tenía algún encuentro con los tranvías. A su edad debía quedarse en casa sin meterse á guiar bestias.

Partió el vagón, alejáronse los curiosos y *Zaratustra* arreó de nuevo á la mula, mientras el *Bobo* y el borracho callaban anonadados por el accidente.

—Tú, Isidrillo—dijo al joven,—ya que escribes en los papeles, y conoces personajes, veas si puedes arreglarme esto.

Pero el viejo, antes de que Maltrana le contestase, sonrió tristemente y siguió diciendo con expresión de desaliento:

—No te canses: es inútil. Adiós, señores. A Madrid, mula... Pagaré como siempre. ¿Quién se mete con esos señores que son los amos? Paga tu crimen, ya que por ir á ganar el pán estropeas un poco de pintura. Ellos tienen millones, y pueden reventar con sus coches á un pobre diablo todas las semanas; pueden cubrir la Puerta del Sol con una parrilla de alambres del demonio, que el día que se caiga matará á medio Madrid... Es el planeta de las criaturas. El lobo se come al cordero, el milano á la paloma, el pez gordo al pequeño, y hay que dar gracias al rico, porque pudiendo tragarse al mediano, le deja vivir para que pene.

Así hablaba *Zaratustra*.

ante cedulas de Isidro Maltrana

II

Al recordar Isidro Maltrana su pasado, deteníase en los años de su infancia, transcurridos en el Hospicio. Algo había en su memoria que le hablaba de una existencia anterior: pero eran recuerdos confusos, vagas remembranzas cortadas por oscuras lagunas de olvido y envuelto todo en una niebla pálida, que amasaba personas y sucesos.

El recuerdo más remoto era el de un patio de casa de vecindad, que á él, en su pequeñez, le parecía inmenso, con una luz triste y fatigada que venía de lo alto, enturbiándose al resbalar por las paredes grasientas, al filtrarse por entre las ropas astrosas, pendientes de las galerías.

Se contemplaba andando á gatas por un corredor interminable, ante una fila de puertas numeradas con esa uniformidad que luego había visto en cuarteles y presidios. Muchas mujeres, sentadas ante las puertas, cosían y charlaban. Otras veces reñían, y, al ruido de sus voces, poblábanse las barandillas de bustos echados adelante por una malsana curiosidad, de cabezas greñudas que azuzaban á las contendientes como bestias rabiosas.